



Gianni Vattimo

Espiritualidad, trascendencia y política podría parecer un tema pensado en abstracto, como si se tratase de buscar las significaciones de una antropología sistemática a la cuestión que nos ocupa. Pienso, en cambio, que a pesar de todas las referencias a una filosofía general del hombre y de su hacer (o su tarea) en el mundo, este tema sea un tema de absoluta actualidad, relacionado a una específica condición de nuestra cultura e inspirado en exigencias que no se presentaban en otros momentos o situaciones históricas. Por eso propongo, reflexionar especialmente sobre qué es lo que nos empuja a exponer el tema en estos términos. Debemos tratar de entender qué nos lleva, justamente ahora a discutir estos tres términos y cuál sería la relación entre ellos.

No quisiera hacer un análisis exagerado respecto del orden en el cual formulamos los términos del tema, y que están ordenados en forma relativamente casual. Sin embargo, que el primero sea la espiritualidad y no la trascendencia ya es una indicación. No es a partir de la trascendencia que observamos la relación entre espiritualidad y política; es partiendo de una exigencia de espiritualidad, que hoy la política da cuenta en modo particularmente acuciante. Si no lo presentamos en esta forma, es fácil que el tema rápidamente se transforme en un debate poco original sobre la relación entre religión y política en nuestras sociedades modernas y posmodernas, con todos los corolarios de las tensiones y los conflictos entre la autoridad del Estado y la autoridad de la Iglesia. Que son ciertamente aspectos centrales de la cuestión, pero que volviendo a nuestro tema, tiene muy poco que ver con la espiritualidad. No solo como italiano- que por razones históricas y geográficas (el estado Vaticano está en la capital de Italia), por lo cual la relación entre Estado-Iglesia es particularmente álgida y muchas veces problemática, sino como ciudadano de un estado democrático occidental, cuando pienso a espiritualidad y política no pienso ni siquiera lejanamente, a la relación (vínculo) entre estado e iglesia. Que yo diga esto como italiano, es quizás, un efecto colateral del fin del Estado Pontificio, que desde fines del ochocientos ha perdido su característica de un estado entre otros estados y se ha convertido casi, solamente, en la ciudad del Vaticano, es decir lugar de residencia del Papa.

La reducción a sus mínimos términos, del estado pontificio es, para un creyente italiano, una decidida purificación (despojar de toda imperfección) en el modo de ver o analizar la relación entre espiritualidad y política.

Como tantos otros fenómenos de secularización, el valor y sentido de una espiritualidad religiosamente inspirada solo queda de manifiesto si se eliminan las cáscaras de las relaciones de poder que históricamente fueron construidas entre instituciones, códigos y



legislaciones distintas. Quiero decir que para entender la actualidad de nuestro tema, lo primero que hay que tener presente, es la idea de la nueva libertad espiritual que la secularización- comenzando por la pérdida del poder temporal de la Iglesia no solo en Italia sino en otras tantas naciones- ha hecho posible para los creyentes.

Pienso simplemente, que la cuestión a la que alude nuestro título, exige y debe ser discutida sólo a partir del fenómeno general de la secularización que caracteriza a la modernidad. Contra cualquier expectativa hablar de espiritualidad y transcendencia en política no significa buscar una vía de escape de la secularización, una especie de regreso a lo sagrado; es al contrario, un modo de vivir la terrenidad la cual se confirma, no como una pérdida de religiosidad, sino como la condición de una nueva y más auténtica espiritualidad. Por otra parte ya la teología, por ejemplo la alemana de inicios del Novecientos (Barth, Gogarten...) vio en la secularización un momento de liberación, un despojamiento que impulsa la Iglesia a una mayor y más auténtica religiosidad. También la elección de la palabra “espiritualidad” de nuestro título refleja, más o menos conscientemente, este ambiente histórico nuevo: no hablamos, como se podía presumir, de “religión y política” – que nos hubiera llevado rápidamente a analizar las teorías sobre la relación del estado con las confesiones religiosas representadas en nuestra sociedad, y también en este debate (o en esta disertación).

En virtud, o a causa de la secularización que nos determina nuestra condición moderna, no nos interesamos tanto de los aspectos políticos- institucionales, sino a la espiritualidad, al significado que una actitud religiosa- - implícita acá, en el término transcendencia - encierra lo que podemos llamar la vida interior de cada uno y por la cultura compartida, o también por la mitología dominante, en la sociedad .

Habría que agregar que la secularización no es solo la responsable del hecho que no nos ocupemos tanto de los aspectos institucionales, pero apuntamos a la espiritualidad; depende de la secularización también la necesidad de espiritualidad que, como ya observamos, nos empuja a interesarnos del tema.

Esta vez se trata de un contra-movimiento: la secularización también tuvo el efecto de despojar la política de su significado “trascendente”, podríamos decir se su componente de compromiso íntimo.

Podemos describir la situación de este modo: reduciendo el poder terrenal y los aspectos sagrados de la política (no solo del Estado de la Iglesia en Italia, sino la tradición del derecho divino del rey, o la práctica por la cual era el Papa a coronar al Emperador, desde Carlo Magno hasta Francisco José de Habsburgo), la secularización también redujo la política a simple administración. Todavía se puede observar un ejemplo en Italia (aunque



también se pueden encontrar analogías en otros tantos países) donde inmediatamente después de la II Guerra Mundial la lucha política era también teológica entre ateísmo comunista y cristianismo de la Democracia Cristiana y de la derecha.

Cuando esta antinomia, por el normal proceso de secularización, se disolvió (los electores votaban en base a intereses concretos, ya no por motivaciones religiosas) también la política se convirtió en un desnudo juego de poder, con todos los fenómenos de corrupción que se vamos descubriendo a diario.

La política se encuentra ahora necesitada de un “agregado de alma” – quiero decir no solamente los políticos profesionales, esos que “hacen política”; sino todos los ciudadanos, que por ejemplo fueron perdiendo la fe en la democracia, mirando a las instituciones democráticas (desde sus propios gobiernos hasta la ONU..) con una desilusión que de elección en elección se vuelve siempre más cercana a la indiferencia y se expresa en un mayor abstencionismo- al menos en Europa, por lo que yo sé

Algunos segmentos del mundo católico en Europa, reaccionan a esta desilusión proponiendo un retorno a lo sagrado también en la política: por ejemplo oponiendo posiciones fundamentalista a la propagación de confesiones diversas de nuestra sociedad. Se trata especialmente de luchar contra el Islam, que no es solo una lucha religiosa sino también racial y étnica y por lo tanto política.

Si pensamos en esto, resulta clave la elección de la palabra espiritualidad en nuestro título. Es una palabra en sí misma más laica, más secular, marcada de un espíritu de tolerancia y además de complicitad: de cualquier confesión religiosa que seamos, estamos de acuerdo en valorar un contenido espiritual, no solo práctico y económico de la política. Más aún, porque nos sentimos impregnados de espiritualidad religiosa es que rechazamos de hablar de religión como hecho confesional. En el fondo solo se puede hablar seriamente de religiosidad en los diálogos antirreligiosos. Cuando nos comprometemos a dialogar con representantes de otras religiones, más allá de los momentos en los cuales se trata de acordar sobre “relaciones exteriores” entre las distintas confesiones (espacios para la iglesia o mezquitas, subsidios gubernamentales, fiestas religiosas y civiles, etc. Etc.), no pensamos para nada en convertir a nuestros interlocutores: Cuando el papa se reúne con el Dalai Lama, le propone convertirse al catolicismo, amenazándolo con las penas del infierno si no lo hace? No se trata de discutir con el objetivo de llegar a una moción final que concilie los dogmas de todos.



Pero entonces para qué el diálogo? Como decía más arriba: o tiene un sentido estrictamente político, de facilitar entre los fieles de los distintos credos religiosos, mejores niveles de relaciones públicas o mejor, es un esfuerzo de enriquecer la espiritualidad de unos y otros mediante la comunicación, o cómo se dice a veces, de las “mejores prácticas” en el campo de la educación, la búsqueda de la virtud, la oración. Y sobre todo para buscar soluciones comunes a los grandes temas: primero entre todos la guerra, salvar el ambiente, la lucha contra el hambre, contra la opresión y la explotación.

Y acá viene el tercer término de nuestro título, la trascendencia. Encontramos la trascendencia cuando chocamos con los grandes problemas comunes: vida y muerte, sufrimiento, opresión, pobreza, dignidad de vida para todos...la trascendencia termina por identificarnos, para nosotros cristianos, la palabra de Jesús: no es el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre. Lo necesario a trascender son los propios límites de los credos religiosos (o las confesiones religiosas) Dios no es el destinatario de un culto, es la presencia del hermano que nos pide ayuda. Espiritualidad y trascendencia se encuentran aquí, más allá de los credos religiosos, o al menos más allá de sus diferencias, en cuanto golpean contra los problemas de la vida y de la muerte, del sufrimiento, de la libertad. Que son problemas de extraordinaria inmanencia, pero que obligan a trascender las diferencias de culto, los límites de los dogmas, sin dejarlos a un lado como falsos, pero permaneciendo fieles con una conciencia más grande, no sectaria: en la casa de Dios hay muchas casas.

La espiritualidad de la que debe nutrirse la política es una espiritualidad religiosa porque se alumbra en la trascendencia, interpretada en este sentido, que refleja para nosotros cristianos, la importancia de la caridad, la única entre las virtudes teológicas a permanecer para siempre.